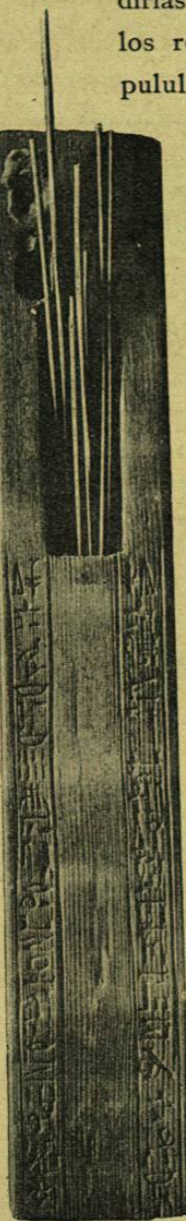


el antiguo Egipto; no nos ha quedado ninguna construcción civil; diríase que no existió nada en ese mundo antiguo fuera de los reyes y de los sacerdotes. Ciertamente los hombres pulularon en el fértil valle, pero fueron considerados como una multitud hecha para la servidumbre. Hasta las condiciones mismas del medio geográfico han querido que las ciudades no hayan dejado huella de su existencia como organismo colectivo. Situadas en un valle lineal, que se desarrolla como un hilo sinuoso del Sud al Norte, las ciudades de Egipto no tenían que temer el ataque de sus vecinos; los escasos Beduinos de los vallecitos laterales, abiertos á derecha y á izquierda del Nilo en las montañas próximas, no hubieran osado atacar las poblaciones tan densas de la llanura. Las ciudades no habían tenido necesidad de adquirir una individualidad precisa, limitada por una cintura de murallas. Las aglomeraciones urbanas de Egipto diferían respecto á este punto de las ciudades de la Caldea, que tuvieron que fortificarse poderosamente, como refiere Herodoto, á causa de su posición muy expuesta en un amplísimo territorio abierto por varios lados¹: diversos reinos hostiles podían nacer allí sin entrecrocarse, cambiar sus fronteras, y las invasiones de los montañeses, escalonados al Este sobre las gradas de las mesetas, constituían para los ciudades de abajo una amenaza incesante.

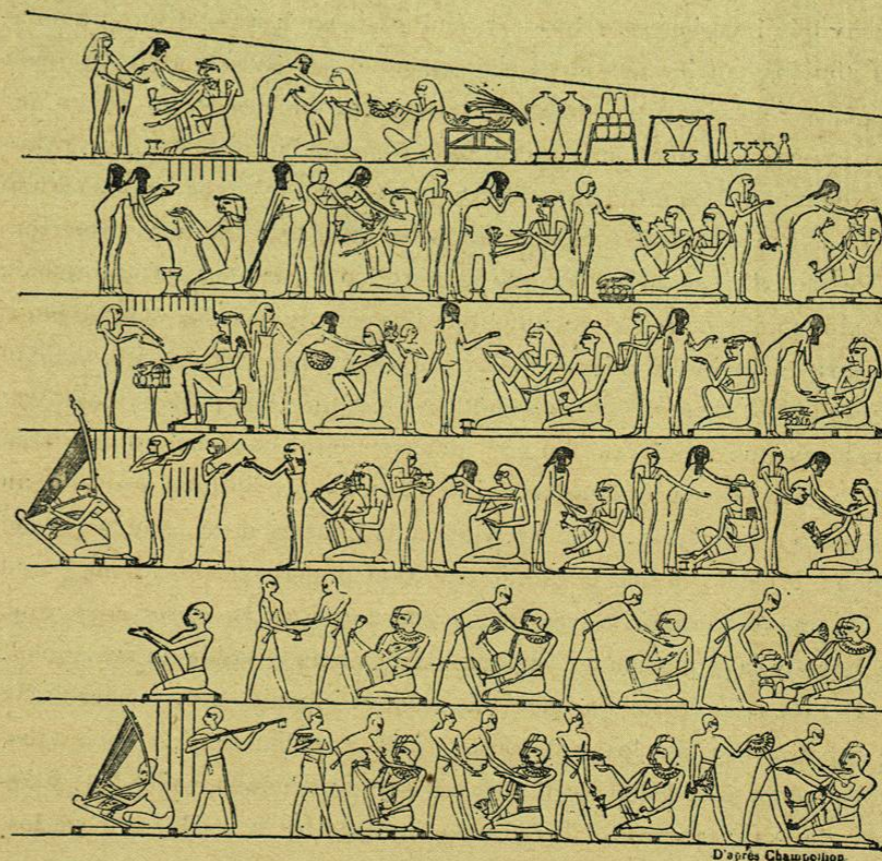


UTENSILIOS DE
ESCRIBA

Si han desaparecido las moradas frágiles de las innumerables multitudes que poblaban Egipto, al menos la escuela queda, porque puede considerarse todo el valle del Nilo como una inmensa cátedra, de tal modo está cubierta de inscripciones que contienen las enseñanzas dadas al pueblo por los sacerdotes y los reyes y

¹ *National Society of Geography*, 1897, p. 173. Washington.

sobre todo por la ralea de los aduladores y de los escribas. La manía de la escritura administrativa se había apoderado de todas las jerarquías de funcionarios; los grabadores de inscripciones trabajaban en todas partes; todos los monumentos de Egipto, todas las estatuas, comprendiendo el cuerpo y hasta el rostro, los muebles y los amuletos



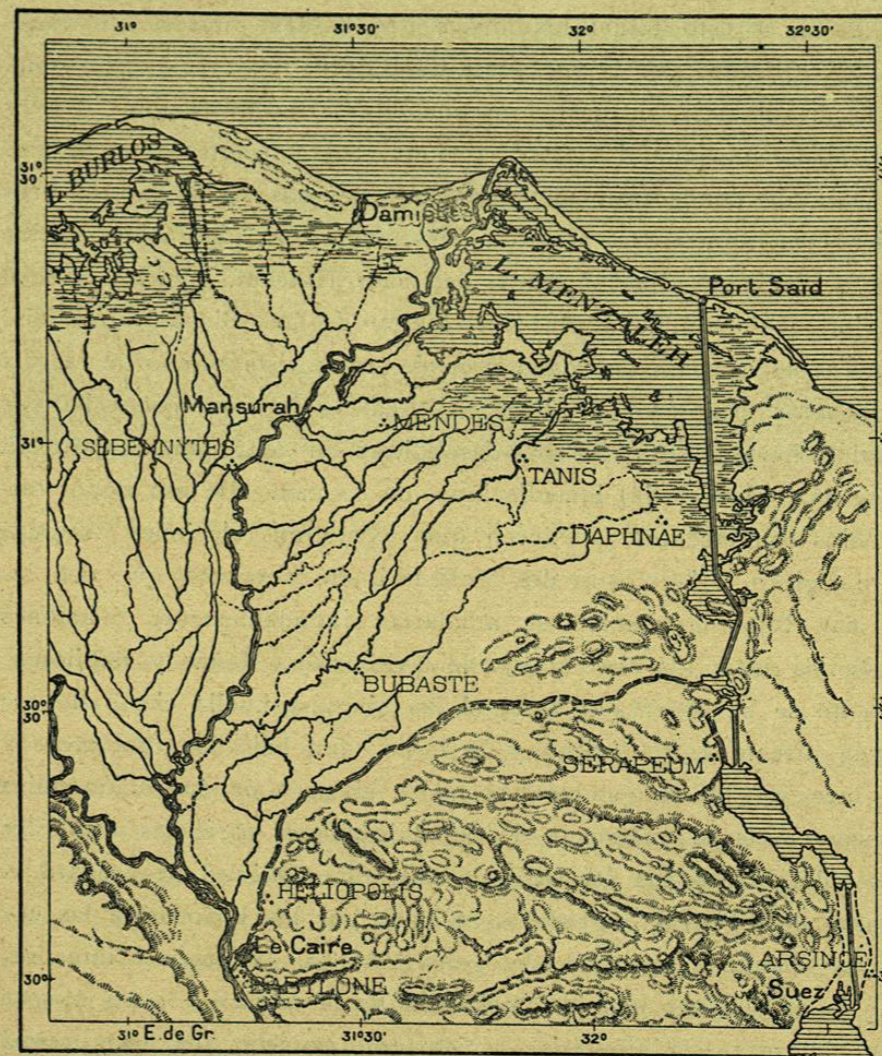
DETALLES DEL TOCADO DE UNA DAMA EGIPCIA HACE 3000 AÑOS,
PINTURA MURAL DE TEBAS

están cubiertos de espesas inscripciones con que pretendían eternizarse los personajes cuyos nombres mencionaban, y que nos imponen en los detalles más insignificantes, como en interminables y repetidas fórmulas. La piedra estaba en aquella época tan cargada de insignificancias, como lo estuvieron después los pergaminos y los papeles. Felizmente los investigadores no se han desanimado por la nulidad de la mayor parte de las inscripciones, por la escasa importancia de casi todos los

sucesión de los siglos á la continuación tradicional de los mismos trabajos agrícolas, marcha no obstante, y, bajo la presión de los pueblos circundantes, el mismo Egipto no cesó de evolucionar, unas veces en un movimiento de progreso, otras regresivamente. Siempre á consecuencia de la fascinación que ejerce sobre la posteridad lo dicho por los autores griegos, pasaba aún ayer por axioma histórico que Egipto no se había abierto al comercio internacional antes de la época del primer Psamitik, es decir, hace veinticinco á veintiséis siglos; pero abundan los testimonios históricos para probarnos que, mucho antes y en diversas ocasiones las alternativas de los acontecimientos y el poder de los intereses en juego habían puesto á Egipto en relaciones regulares con sus vecinos, y desde luego los orígenes mismos de la nación, no pueden concebirse de otro modo que por la llegada de extranjeros del Norte y del Mediodía estableciéndose en el valle del Nilo, entonces pantanoso y forestal, para conquistar gradualmente el suelo y ponerle en estado de defensa contra las crecidas del río, á la vez deseadas y temidas.

Las tumbas de los primeros reyes contienen en gran número objetos que, no siendo de procedencia egipcia, fueron necesariamente introducidos por la vía del comercio; la duda no es ya posible á este respecto: los Egipcios tuvieron indudablemente, desde las primeras edades, relaciones directas ó indirectas con las poblaciones de Etiopía, de Libia y de la Arabia próxima. Ciertamente hubiera sido muy extraño que un pueblo establecido sobre la orilla de un río que hacía del transporte incesante de los productos una condición esencial de la vida nacional, pudiera detener bruscamente su tráfico en todas sus fronteras, y hechos numerosos, comprobados por los arqueólogos, han demostrado, en efecto, que el movimiento del comercio, propagándose á lo lejos no podía ser reprimido. Así, las «maderas faraónicas», es decir, las tablas de los ataúdes halladas en las excavaciones de las necrópolis reales pertenecen, á lo menos en parte, á unos árboles en los cuales el examen microscópico ha permitido reconocer con certidumbre al tejo común (*Taxus baccata*). Ahora bien, esta especie no existe en Egipto, y hasta no puede existir allí «en razón de sus exigencias biológicas»; era preciso, pues, que esa ma-

N.º 147. Comunicaciones Intermarítimas.



Según Linant de Bellefonds y otros.

1: 1500 000

0 10 50 100 Kil.

El canal del Nilo al mar Rojo por el lago Timsah y los lagos Amargos está indicado por un triple rasgo discontinuo; el canal marítimo reciente por un triple rasgo continuo.

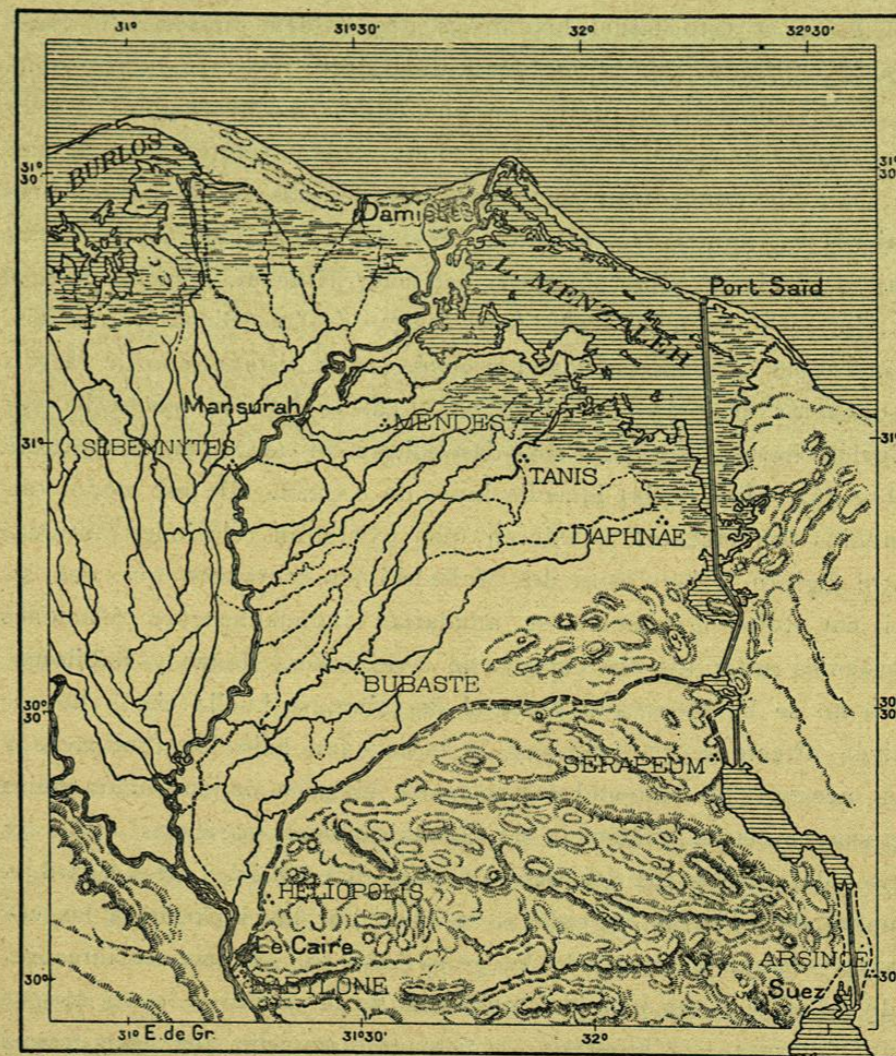
No se sabe á qué lejana época debe remontarse la existencia del primer canal; entre otros soberanos, Seti I, Ramsés II, Niko II, Darío, Ptolomeo Filadelfo, Trajano y Amun, unieron su nombre á esta obra.

dera fuese importada de un país extranjero que, según los datos de la geografía botánica, no podía ser sino la Cilicia. He ahí, pues, una prueba positiva de que existía cierto comercio marítimo entre

sucesión de los siglos á la continuación tradicional de los mismos trabajos agrícolas, marcha no obstante, y, bajo la presión de los pueblos circundantes, el mismo Egipto no cesó de evolucionar, unas veces en un movimiento de progreso, otras regresivamente. Siempre á consecuencia de la fascinación que ejerce sobre la posteridad lo dicho por los autores griegos, pasaba aún ayer por axioma histórico que Egipto no se había abierto al comercio internacional antes de la época del primer Psamitik, es decir, hace veinticinco á veintiséis siglos; pero abundan los testimonios históricos para probarnos que, mucho antes y en diversas ocasiones las alternativas de los acontecimientos y el poder de los intereses en juego habían puesto á Egipto en relaciones regulares con sus vecinos, y desde luego los orígenes mismos de la nación, no pueden concebirse de otro modo que por la llegada de extranjeros del Norte y del Mediodía estableciéndose en el valle del Nilo, entonces pantanoso y forestal, para conquistar gradualmente el suelo y ponerle en estado de defensa contra las crecidas del río, á la vez deseadas y temidas.

Las tumbas de los primeros reyes contienen en gran número objetos que, no siendo de procedencia egipcia, fueron necesariamente introducidos por la vía del comercio; la duda no es ya posible á este respecto: los Egipcios tuvieron indudablemente, desde las primeras edades, relaciones directas ó indirectas con las poblaciones de Etiopía, de Libia y de la Arabia próxima. Ciertamente hubiera sido muy extraño que un pueblo establecido sobre la orilla de un río que hacía del transporte incesante de los productos una condición esencial de la vida nacional, pudiera detener bruscamente su tráfico en todas sus fronteras, y hechos numerosos, comprobados por los arqueólogos, han demostrado, en efecto, que el movimiento del comercio, propagándose á lo lejos no podía ser reprimido. Así, las «maderas faraónicas», es decir, las tablas de los ataúdes halladas en las excavaciones de las necrópolis reales pertenecen, á lo menos en parte, á unos árboles en los cuales el examen microscópico ha permitido reconocer con certidumbre al tejo común (*Taxus baccata*). Ahora bien, esta especie no existe en Egipto, y hasta no puede existir allí «en razón de sus exigencias biológicas»; era preciso, pues, que esa ma-

N.º 147. Comunicaciones intermarítimas.



Según Linant de Bellefonds y otros.

1 : 1500 000

0 10 50 100 Kil.

El canal del Nilo al mar Rojo por el lago Timsah y los lagos Amargos está indicado por un triple rasgo discontinuo; el canal marítimo reciente por un triple rasgo continuo.

No se sabe á qué lejana época debe remontarse la existencia del primer canal; entre otros soberanos, Seti I, Ramsés II, Niko II, Darío, Ptolomeo Filadelfo, Trajano y Amun, unieron su nombre á esta obra.

dera fuese importada de un país extranjero que, según los datos de la geografía botánica, no podía ser sino la Cilicia. He ahí, pues, una prueba positiva de que existía cierto comercio marítimo entre

Egipto y los países de ultramar en las primeras edades históricas¹.

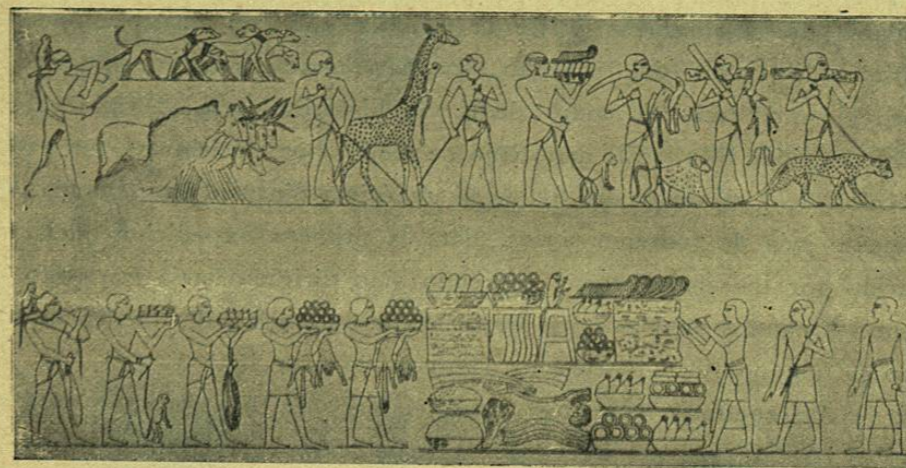
Y no es esto todo: los anales nos hablan también de viajes lejanos realizados por exploradores de Egipto. Bajo el Faraón Assa, de la 5.^a dinastía, es decir, en una época sesenta siglos anterior á nosotros, un general famoso, Urdudu, había penetrado en el país de Punt, de donde trajo un enano, uno de esos Akka que nuestros viajeros modernos han vuelto á descubrir con admiración. Otro viajero, enviado á las comarcas del Sud, Khirkuf, penetró más al interior que Urdudu, hasta la «Tierra de los Bienaventurados», donde tomó también un enano ó *donka*, cuya vista «llenó de alegría y de amor el corazón de Faraón». Tal es lo que refiere la inscripción llamada de Khirkuf, descubierta en 1892 por Schiaparelli sobre una colina de las inmediaciones de Assuan. De ese modo, testimonios convincentes establecen que existieron relaciones antiguas entre Egipto y las costas del Mediterráneo, lo mismo que con las del mar Rojo; igualmente se anudarian indudablemente relaciones frecuentes entre los dos centros de civilización, Menfis y Babilonia; pero no se ha observado hasta el día ninguna huella cierta de ese vaivén directo entre Egipto y la India; aun bajo los Ptolomeos y sus sucesores los emperadores romanos, ninguna denominación étnica egipcia revela la existencia de comunicaciones marítimas entre los países del Nilo y los del Indo. Quizá, dice Ollivier Beaugard, el nombre de «Tierras Sagradas», aplicado por los Egipcios á las comarcas situadas al otro lado del golfo Arábigo, «podría ser interpretado como si diera una idea nebulosa de la India»², pero ningún texto favorece esta hipótesis. Únicamente se sabe que hace treinta y cinco siglos, una flota egipcia penetró en los mares del Sud y condujo monos, cuyo nombre *kafu* recuerda la denominación sanscrita de *Kapi*, — hebreo Góf, griego *πρωτος*, — y parece llevarnos así hacia los países de la India³.

Cuando el poder á la vez real y divino de los Faraones quedó muy sólidamente establecido, y la masa de la población se conformó

¹ Beauvisage, *Recueil des Travaux relatifs à la Philologie et à l'Archéologie égyptiennes et assyriennes*, tomo XVIII.

² *En Orient, Études sociologiques et linguistiques*.

³ Dümichen, *Die Flotte einer ägyptischen Königin*... — Hermann Brunnhofer, *Vom Aral bis zur Ganga*, t. IX.



DESFILE DE LOS EMBAJADORES CONDUCIENDO ANIMALES DESCONOCIDOS EN EGIPTO Y PRESENTANDO LOS TRIBUTOS, LINGOTES Y SACOS DE POLVO DE ORO, PLUMAS DE AVESTRUZ, ETC.

absolutamente con la voluntad del amo, éste, siguiendo el procedimiento de todas las autoridades celosas y suspicaces, no dejó de intentar que se hiciera el vacío alrededor de sus pueblos, para sustraerles á las influencias del exterior, privarles de toda alianza posible con el extranjero y destruir en germen todo asomo de rebeldía. La naturaleza geográfica del país se prestaba fácilmente á esta política. Egipto, concentrado en sí mismo por la forma y el relieve de su territorio rodeado por todas partes de soledades arenosas ó pantanosas, había de tender á concentrarse en su existencia continental y á separarse espontáneamente del mar. Los reyes sacerdotes gozaban así de la complicidad del medio para tener sus súbditos al abrigo de los peligros innovadores, portadores de ideas é iniciadores de revoluciones. Bajo esta doble influencia, quizá espontánea por parte de la nación, muy consciente por parte de los dominadores, el mar había acabado por considerarse como un ser maldito, execrado, dedicado á los dioses terribles, y los naufragios se tenían por justos castigos de lo alto.

Se había olvidado la parte que tuvo el mar en los orígenes de la nación y de la cultura egipcias, en las edades en que unos Meditarráneos vinieron del Oeste y del Norte para desembarcar sobre

las playas del Delta, y en que las poblaciones de los dos macizos similares de la Hymiaría y de la Etiopía entraron en relaciones continuas á través del estrecho, echando una especie de puente sobre el mar, hacia el medio de la vía histórica entre el valle del Eufrates y del Nilo. El mar Rojo se alejó, por decirlo así, en la dirección del Oriente, y del fin de la undécima dinastía, hace indudablemente más de cuarenta siglos, data la primera expedición oficial referida por los anales como habiendo sido dirigida hacia ese golfo lejano. Cuando, bajo el reino de un Faraón Sanch-Kak, fué encargado el funcionario y cortesano Hannon de atravesar el mar Árabe y de conducir soldados hacia el país de los Aromas para traer al rey las gomas preciosas, la expedición, á que tantas otras de la misma naturaleza habían precedido en edades desconocidas, fué considerada como un acontecimiento casi prodigioso. Hannon hizo grabar sobre rocas la relación de su hazaña en estos términos: «Jamás se había hecho nada semejante desde que hay reyes... desde los tiempos del sol»¹.

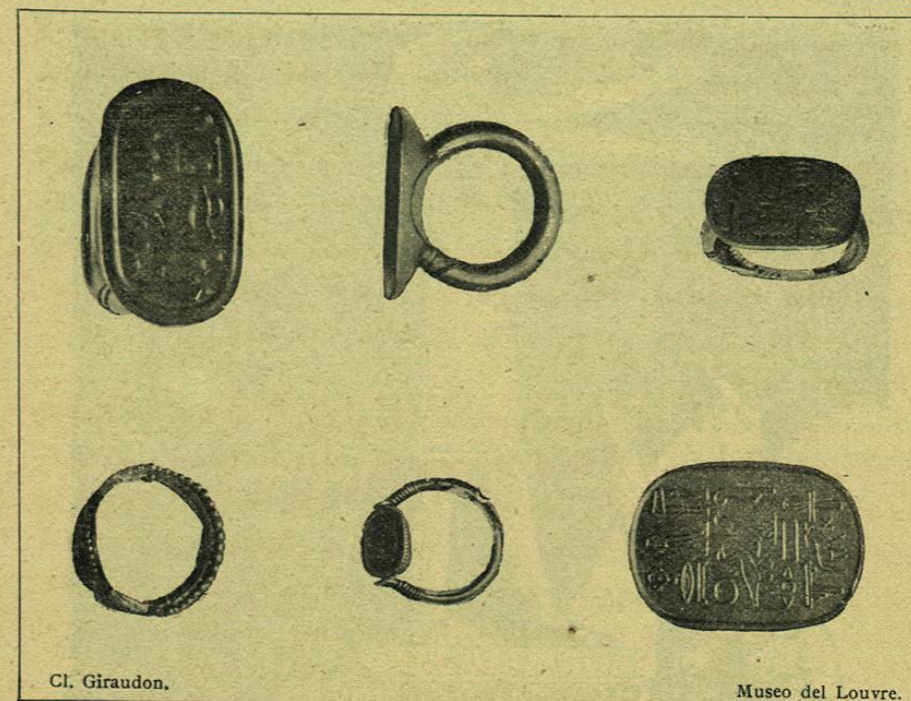
Sin embargo, en las largas épocas de opresión en que las leyes y, á consecuencia de la rutina, las mismas costumbres se concertaban para prohibir á los Egipcios la navegación marítima, otros la practicaban en su lugar. Habiendo aceptado ávidamente las ciudades de Fenicia el provechoso dominio de los Faraones, las bocas del Nilo estaban abiertas á sus marinos, y, gracias á éstos, el movimiento de los cambios con el exterior se hacía con toda libertad. Considerándose dichosos con su vasallaje, los Fenicios poseían el monopolio del tráfico entre el Oriente y Egipto, y, por otra parte, podían en países lejanos manifestarse como protegidos por el prestigio de una poderosa monarquía; navegaban, por propia conveniencia, por egoísmo, como se diría hoy, «bajo pabellón egipcio»², y bajo el patrocinio de un soberano de Egipto, Niko, se verificó hace veinticinco siglos la circunnavegación de Africa, la gran hazaña geográfica de la Antigüedad.

Pero en aquella época Egipto había dejado de ser lo que era;

¹ Chabas, *Voyage d'un Égyptien*.

² Georges Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, tomo III, páginas 28 y 29.

pertenecía ya al mundo ecuménico del Mediterráneo donde la luz de Grecia comenzaba á brillar como un faro. Bajo la presión de la civilización exterior, el valle del Nilo se vió obligado á abrirse, como lo han hecho en nuestros días la China y el Japón, como no dejará de hacerlo la meseta del Tibet, y en vez de acoger sencillamente como huéspedes los extranjeros, llegó á verse forzado á recurrir á



JOYAS EGIPCIAS, ÉPOCA SAITA

ellos, pidiéndoles consejo y dirección. Una ciudad completamente griega, Naucratis, poblada sobre todo de Focenses y otros Helenos de la costa occidental de Asia, se había edificado sobre la boca canópica del Nilo; Taphanhes ó Daphne, también griega, había ocupado la frontera asiática, hacia el desierto, y en muchos cercados sagrados, fuera de esas dos colonias, se habían erigido los templos de los mercaderes. En Naucratis se erigió un Panhellenion con un altar común para todos los Griegos establecidos en Egipto. Es indudable que algunos reyes, tales como Amasis, reaccionaron contra